



À VERSAILLES

// Martín de Jesús Carvajal Chamorro
Estudiante de Lingüística y Literatura (UdeC)

Miércoles 9 de Octubre de 2013

Me esforcé por afinar la memoria y la vista durante el recorrido, para así distinguir entre lo que es digno de admiración y lo que es simple acompañamiento de la ostentación, para distinguir lo agraciado de lo rimbombante; eso, pensé, era lo ideal. Sin embargo, en Versailles no me funcionó ese sistema, pues son tantos y tales los detalles, que se puede afirmar que todos añaden al disparate y al despilfarro de la propiedad.

Un poco de historia antes. La construcción del Château empezó alrededor del 1624, por mano del arquitecto Philibert Le Roy y bajo el reinado de Louis XIII. Éste había comprado una parte de aquellos terrenos para dedicarlos a la cacería y deseaba hacer de ellos un lugar de reunión agradable. Eventualmente, acabó comprando todo Versailles al arzobispo de París y posteriormente mandó agrandar el edificio entre 1632 y 1634. El Château hasta entonces era un pequeño cubo en la tierra en comparación con lo que Louis

La atención y la maravilla inevitablemente se van a parar a todos lados, encontrando justificaciones para desbocarse, para acumular y retener.

XIV hiciera más tarde en 1661, cuando comenzó su reinado en calidad de monarca absoluto. El *Rey Sol* hizo de aquél lugar de reuniones una estructura vasta y compleja, acabando por trasladar su corte entera hasta allí en su búsqueda por huir de los ajetreos de París, pasada la guerra Franco-española. Se hicieron apartamentos para el rey y la reina, se hicieron otros para los ministros, se crearon alas enteras nuevas, construyeron la Galería de los Espejos, el Grand Trianon y se remodeló por completo la arboleda de enfrente para diseñar unos enormes jardines con fuentes, grutas, canales y estatuas, que es mucho más grande y demorado de recorrer que los edificios mismos. Esto fue obra de los señores Louis Le Vau y André Le Nôtre, que diseñaron el Château y el Jardín, respectivamente. Luego del Rey, Louis XV, Louis XVI, Marie-Antoinette, Napoleon, Louis XVIII, Louis-Philippe y otros continuaron haciendo remodelaciones y agregando cosas a su gusto, fuera ya una sala de Ópera, una galería, una asamblea, o unas bellas y “modestas” casas. De nada sirvió que la Revolución saqueara

y abandonara el Palacio en el 1789; todavía está ahí, convertido en un museo y sin monarcas que lo ocupen por supuesto, pero se conserva. Fin del abrebocas, a cruzar la reja de oro, y después, la otra reja de oro.

Luego de la primera reja hay una estatua ecuestre de Louis XIV, vestido en armaduras al modelo helenístico. Se llega a la terraza, y ya en ella, a un piso policromado, similar a un tablero de ajedrez, vale decir que los edificios se reflejan en él. En frente, el balcón de los Grandes Apartamentos de Su Majestad. A la izquierda subiendo, los aposentos de la reina, a la derecha, los del rey. Más afuera, en letras grandes, una inscripción repetida dos veces a ambos lados del edificio: "À TOUTES LES GLOIRES DE LA FRANCE"

Dentro, una capilla esplendorosa con un órgano altísimo, el dorado no deja de aparecer.

Arriba, salones con títulos alegóricos: de Apolo, de Diana, de Mercurio, de Venus, de Minerva, de la Paz, de la Guerra. En los techos de cada salón, un fresco con la potestad en cuestión; colgando de él,

una lámpara; en las cuatro esquinas superiores, escenas decorativas y simbólicas (de las *Metamorfosis* o la *Biblia*); más abajo, lienzos y espejos para que la realeza se admire; en la pared, brocados floridos, decoraciones en madera; en frente, anaqueles y canapés; sobre ellos, bustos, floreros, candelabros, relojes; por los lados, chimeneas; en el centro de la habitación, una enorme cama, casi cuadrada, cortinada, brocada, cercada por un pequeño barandal bronceo; sobre la cama del Rey, estatuas, La Francia y La Fama, y en frente de ella, mirando por las ventanas que dan a la entrada del palacio, la salida del sol.

Por todos lados hay pinturas y esculturas al criterio del Clasicismo francés; no se puede acusar al Rey de tener mal gusto, si de armonía y ornamento se trata. Existe por supuesto el famoso busto de Bernini que representa a Louis XIV, pero es demasiado chocante con el resto de su imagen en el palacio: decidido y aerodinámico, mirando hacia arriba y

en diagonal, desafiando con orgullo, muy distinto del señor apolíneo y estricto que se muestra la mayoría de las veces. Eso pasa cuando contratas un artista italiano y eres el patrono del clasicismo francés. Aparte de lo anterior, los elementos más llamativos a la vista son los frescos, cubiertos de azul, amarillo y nubes arboladas, todo rozagante y apastelado; no viene a la mente otra imagen que no sea la de Eos. En cada rincón hay divinidades griegas, romanas y cristianas, representadas bajo iguales parámetros en una mescolanza bastante libre. Todas al vuelo, a veces moviéndose entre escenas distintas, triunfales y felices, regocijándose en espacios que poco importa si son el éter o el paraíso.

Parte importante de este alegre conjunto es el Rey mismo, quien interactúa con ellas a lo largo de su vida, hace tratados, se identifica en sus hazañas y virtudes, viste sus ropas y perdona enemigos con generosísima disposición al estilo de los nobles ejemplos de antaño.

Dorado por todas partes, mármol a cada paso, y otros minerales que no conozco por no estudiar albañilería. Es la omnipresencia de lo magnífico, es la Gloria de los Seres Grandes: Diosas, Dioses y Rey.

Unos tres salones resaltan aparte: el de los Espejos, que conecta al de la Paz con el de la Guerra y era donde Louis XIV solía atender sus asuntos y recibir a la gente (antes de empezar a hacerlo en los Grandes Apartamentos); el comedor, donde los ministros iban a sentarse a ver comer a la pareja real y donde se ha intentado representar la vajilla (no conservar, pues no es la original, ni pertenecía a la monarquía francesa), y la Galerie des Batailles. Vale la pena detenerse en esta última, que es menos conocida. Se trata de un conjunto de treinta y seis lienzos, divididos a lo largo de dos "cámaras" que contienen todas las victorias militares significativas de Francia, desde el 495 d.C. hasta 1809, desde la Batalla de Tolbiac hasta la Batalla de Wagram. A estos lienzos los acompañan ochenta y dos bustos que representan a los protagonistas y héroes de aquellas batallas. La Galerie, a su vez, se encuentra "sanduchada" entre otras dos salas. La anterior muestra un conjunto de escenas del Imperio Napoleónico, entre ellas la famosa *Consagración del Emperador Napoleón I* de David; mientras que la posterior

conmemora los sucesos de la instauración de la Monarquía de Julio en 1830, mediante la cual se hizo al poder Louis-Philippe d'Orléans, a su vez el creador de la Galerie. Para que se imaginen las magnitudes de las salas, la *Consagración* mide alrededor de 6,5 x 9,8m², casi 65 m², casi un aparta-estudio. En los dos otros cuartos, la tónica general sigue siendo la misma, simetría y asombro por donde crucen los ojos. No hay sino que recordar la cama y la vajilla para hacerse a la idea, eventualmente, del hecho de que alguna vez ese edificio estuvo habitado, y que los tributos y la fortuna amasados por una persona y su familia lo financiaron. Bajo esta perspectiva, el porqué de la revolución se vuelve comprensible.

El tema de la Revolución Francesa nos lleva a la otra protagonista de Versailles. Si se visitan los apartamentos de la reina, puede apreciarse el busto de su bastante conocida figura. Discretamente disimulada al lado de la cama está la puerta que ella utilizó para escapar de la turba el 14 de julio de 1789. Se sale del palacio hacia el lado izquierdo para coger un trencito (sin rieles), la única forma de transporte interno en el territorio. Ese trencito lleva a los apartamentos más lejanos, construidos para distanciarse de la corte y servir de recreo. Son dos, principalmente, el Grand Trianon y el Petit Trianon. Un tercer edificio se encuentra ubicado más allá del segundo, pero este ya es distinto del

ambiente del Château; es un conjunto de construcciones rústicas ubicadas al borde de un lago en la mitad de un jardín al estilo inglés, más parecido a un área silvestre de verdad que el resto del territorio. Para llegar a ella se debe atravesar a pie a lo largo de un bosquecillo agradable y suelto, marcado sólo ocasionalmente por la mano humana y la arquitectura. Se trata, a mi modo de ver, del mejor lugar que posee Versailles y mi favorito de todos los que visitamos durante el viaje, el más apartado, hermoso y encantador, pero también el más falsamente modesto: los dominios de Marie-Antoinette, la Hameau de la Reine (“Aldea de la Reina”).

Construida en 1783, la Hameau consta de una torre y once construcciones (“chaumières”) dispuestas alrededor de un gran estanque que sirvieron de lecherías, palomar, granero, dormitorios, molino y cocina. No son “casitas”, sin embargo, puesto que tienen hasta dos pisos, escaleras externas, balcones, salas de juego y por adentro son bastante elegantes, aunque en estos momentos no tienen muebles. Cada casa posee una huerta en frente, y debo admitir que sólo reconocí dos de los cultivos; la coliflor y la parra. Los techos están cubiertos de paja, y ninguna construcción se ha quedado sin ornamentos de carácter vegetal, sin sus arbustos en flor y sus trepadoras frondosas, casi lanudas. Sea en arcadas, en las vigas y columnas que adornan los umbrales, o en la fachada, las plantas han



Creo que mi papá lo sintetizó mejor:
“Joda, pobre gente, pagándole a los
reyes de lo poco que tenían pa’ que
vivieran... como reyes”.



Tomada de: <http://es.onlyimage.com/free-images/versailles-castle>

encontrado maneras de acomodarse en los edificios, y ellos a su vez han confraternizado con las plantas. Aún hoy en día se ven animales caminando el lugar, sobre todo patos. Además, hay peces de verdad en el estanque (más fáciles de observar desde un puente cercano), y este alguna vez sirvió para irse a pescar por las mañanas.

A pesar de mi énfasis en la “naturalidad” del terreno, debe reconocerse que sigue siendo un artificio humano. Como la denominación de “estanque” lo indica, los cuerpos de agua que le dan parte de su atractivo fueron mandados a hacer, y la rústica vivienda, con su molino, sus huertas y sus vacas, sigue siendo una propiedad construida por la extinta monarquía francesa, edificada sobre las que fueran sus propiedades. Para mayor decepción, el Hameau dista de ser pequeño, y mucho menos era una vivienda permanente. Es quizás toda una obra de arte en este sentido, un invento humano sin ninguna finalidad más que la belleza, el recreo y la imitación de la naturaleza. Si el Château posee jardines proporcionados, fuentes y pompa brocada, el Hameau posee un bosque, un estanque y un ambiente de respiro... tan agradables como el dinero los puede pagar. Es una idealización de la vida campesina y como tal un todo falso y afectado en concepción, aunque no deja de ser bello. No en vano Marie-Antoinette lo mandó a construir para los mismos fines que se habían creado los Trianons, el descanso en el *locus amoenus*. La materialización del proyecto fue a causa de sus lecturas de Rousseau, gran amante de la naturaleza como un algo perfecto y sosegado, de manera que

ella probablemente nada sabía de la pobre vida que el campesinado sobrellevaba. Es de hecho así como la vida en la zona se presenta en la *Marie-Antoinette* de Sofía Coppola; gente económicamente inconsciente de la corte jugando a ser campesina en un lugar de mentiras, lejos de toda preocupación política, y de entender qué estaba ocurriendo más allá de sus vidas.

Después de los museos, Versailles fue mi lugar predilecto. Desde antes del viaje, las imágenes que evocaban el poder y la realeza venían ocupándome por varios días sin que tuviera un referente directo, palpable y frente a mis ojos de lo que pueden llegar a ser las dictaduras y las monarquías. Fue confirmar las impresiones que me habían dado la literatura y el teatro. ^E

Ideas del fasto, la humanidad (e inhumanidad) y la solemnidad del mundo de aquellos personajes, seres hasta el cuello en privilegios y en autoridad, viviendo en espacios esplendorosos, con ambiciones propias de la esfera de lo divino, pero mortales en un grado u otro a fin de cuentas, sujetos a la misma biología y física que el resto de los seres humanos, sometidos al mismo tiempo nuestro, destinados a la eventual decrepitud que nuestra condición manda.
